

TEMA DE ATUALIDADE

CRISIS, POBREZA Y HAMBRE EN AMERICA LATINA Y EL CARIBE EN LOS AÑOS 1980

JACQUES CHONCHOL¹

La crisis económica que afectó a América Latina durante los años 1980 ha agravado las situaciones de pobreza y el impacto de hambre entre los grupos económicamente más desfavorecidos de la región particularmente en las diversas categorías de los informales urbanos. Ello ha afectado también, por primera vez desde hace muchos años, a los obreros y a una parte creciente de las clases medias, sin olvidar por supuesto a una buena proporción de los campesinos que han sido tradicionalmente los más afectados por la pobreza y el hambre.

Resumamos rápidamente algunos indicadores de esta crisis antes de entrar a analizar específicamente la situación del hambre en algunos países.

Entre 1980 y 1990, al mismo tiempo que la población global de la América Latina y el Caribe aumentó en 100 millones de personas, pasando de 342 á 442 millones, el PNB por habitante bajó considerablemente y fue durante todos los años del decenio de los 1980 inferior a lo que había sido en el año inicial (1980). Lo que es más grave, en 1990 retrocedió al nivel de 1977. Esta disminución ha sido del orden de 20 á 30% del PNB por habitante entre 1980 y 1988 en ciertos países como Bolivia, Haití, Nicaragua, Panamá, y en otros ha variado entre menos 10 y menos 20% (México, Perú, Venezuela, Argentina, El Salvador, Guatemala y Honduras).

Además de este decrecimiento del PNB por habitante, la combinación de un rápido aumento de la fuerza de trabajo que se incrementa más rápidamente que la población cuando la tasa de natalidad comienza a disminuir, lo que la situación actual de América Latina desde finales de los años 1960 (puesto que la población envejece más en los estratos de 20 á 50 años), agrava las situaciones de desempleo y de subempleo.

Todo lo anterior se ha visto empeorado por la disminución del poder adquisitivo de los salarios, ligado a la aceleración de la inflación. En efecto los precios promedios al nivel del consumidor que en 1980 habían aumentado en 56% en el año para el conjunto de los países de la región, subieron en

¹ Prof. do *Institute des Hautes Études de L'Amérique Latine/Université de Paris III.*

1989 y 1990 en promedios anuales de 1.161 y de 1.492%. En 1990 las tasas de inflación sobrepasaron 8 mil% en el año en Perú y Nicaragua, 2 mil% en Brasil y cerca de 2 mil% en Argentina.

En este mismo año el poder de compra de los salarios medios cayó en Argentina en 68% con respecto a 1980, en Perú en 44% y en Uruguay en 73%.

Las consecuencias de este aumento del desempleo y del subempleo y de la caída del poder de compra de las masas populares han sido muy negativas. En 1985 en Brasil 53 millones de personas, más del 40% de la población, se encontraba en situación de pobreza extrema. En el mismo año en México 50 millones de mexicanos sobre una población total de 73 millones estaban por debajo de los niveles de consumo alimenticio considerados indispensables. En Chile, donde tanto se habla del milagro económico neo-liberal, el 40% de las familias viven hoy una situación de gran pobreza. Y qué decir del Perú.

La última Conferencia Regional sobre la Pobreza en América Latina y el Caribe que tuvo lugar en Quito, en noviembre de 1990, declaró entre otras cosas lo siguiente:

a) que 270 millones de latinoamericanos, equivalente al 62% de la población de la región, viven en condiciones de pobreza, y de ellos, la mayor parte, conforma el grupo que concentra el mayor número de carencias;

b) esta pobreza constituye un fenómeno estructural agudizado por circunstancias coyunturales. Además esta pobreza tiene una dimensión cultural asociada a la carencia de conocimientos socialmente relevantes, lo que constituye una limitación para su superación;

c) que la reducción significativa de los déficits sectoriales en aspectos tales como habitación, servicios de agua, eliminación de excretas, electricidad, educación básica, alimentación y salud, es una empresa posible, a pesar de requerir un esfuerzo adicional considerable, tanto del sector público como del privado, lo cual puede estimarse en más de 50% de la deuda externa de la región (que en 1990 llega a 423 mil millones de dólares);

d) que en la década de los 1980, 78% de los nuevos empleos se generaron en unidades de producción de menos de 10 trabajadores, sector que puede denominarse mayoritariamente como de "economía popular". Este sector representó la mitad de los empleos no agrícolas y 65% de los empleos agrícolas en 1987. Esta economía popular expresa las creativas estrategias de sobrevivencia que autónomamente desarrollan los pobres.

Diversos estudios han tratado en estos últimos años de medir el incremento de la pobreza en América Latina en los años 1980 y sus efectos en el

deterioro del nivel de vida de amplios sectores de la población, en comparación con lo que ocurrió en el decenio de los 1970 que para la mayoría de los países fue un periodo de crecimiento económico y de mejoramiento de los niveles de vida. En uno de estos estudios publicado recientemente en la Revista del CEPAL n° 41 de agosto de 1990 (Juan Carlos Feres y Arturo León, "Magnitud de la Situación de Pobreza) para el conjunto de diez países de la región que representan el 85% de la población y el 91% del PNB de América Latina, a saber: Argentina, Brasil, Colombia, Costa Rica, Guatemala, México, Panamá, Perú, Uruguay y Venezuela) se observa que:

a) Así como entre 1970 y 1980 la pobreza tanto en las áreas rurales como en las urbanas de numerosos países (Brasil, Colombia, Uruguay y Venezuela) había disminuido en varios puntos porcentuales, entre 1980 y 1986 aumentó considerablemente.

b) En términos de población total afectada aumentó de 109,2 millones de personas a 137,5 con el hecho nuevo que mientras en términos absolutos se incrementó poco en el área rural (de 56,4 a 57,2 millones de personas), aumentó sobre todo en el área urbana (de 52,8 a 80,3 millones de personas). En el área urbana aumentó pues en más del 50% lo que está sin duda ligado a los problemas de desempleo, subempleo e inflación.

c) En las proyecciones que se hicieron a partir de las cifras de 1986 para 1989 se estimó que en ese año había en América Latina 183 millones de pobres y 88 millones de indigentes, lo que nos da un total de 271 millones de personas (el 62% de la población de la región que indicó la última Conferencia Regional sobre la Pobreza).

d) La diferencia entre los pobres y los indigentes es que en el caso de los pobres los presupuestos familiares no permiten cubrir el conjunto de las necesidades básicas, en cambio para los indigentes el presupuesto familiar no cubre ni siquiera el costo de la canasta alimenticia básica.

e) Entre los 183 millones de pobres predominaban los urbanos: 103 contra 80 millones de pobres rurales. Pero entre los indigentes predominaban los rurales. Sobre 88 millones de indigentes 48 millones eran rurales y sólo 40 millones eran urbanos.

f) Las canastas básicas de alimentos estaban calculados sobre una base bastante moderada. En términos de calorías no sobrepasaban las 2.100 a 2.200 calorías por persona al día.

Examinemos ahora más particularmente a título de ejemplo, la situación de algunos países como Perú, Chile, Brasil, México y Argentina.

Peru

El trabajo más completo sobre la situación alimentaria en el Perú fué la Gran Encuesta de Consumo Alimentario a nivel nacional, realizada en 1972. Ella mostró que las disponibilidades de calorías y de proteínas así como de otros elementos nutricionales eran insuficientes para una alta proporción de la población. Según dicha encuesta, en ese año, el 52% de la población peruana tenía déficits calóricos, el 36% tenía déficits proteícos, el 61% tenía déficits en calcio y el 51% en vitaminas A y B.

En las comparaciones regionales los habitantes de Lima y de la región costera estaban en situación menos desfavorable que los de la Sierra y de la Selva, así como los de las zonas rurales. El 44% de los niños de menos de 6 años sufrían en 1972 de malnutrición que se traducía por un retraso de crecimiento y un peso inferior al normal para la edad. La malnutrición de los niños variaba de un 19% en Lima a un 35% en la Costa, a un 56% en la Sierra y a un 62% en la Selva.

Numerosos trabajos efectuados a partir de dicha encuesta definieron dos tipos de **canastas alimentarias**: una **urbana** y la otra **rural**, e inclusive se pudo precisar su contenido según la importancia de las ciudades así como en las tres grandes regiones geográficas del país.

A partir de los años 1970 se incrementa la diferenciación entre los dos tipos de dietas. La dieta urbana se caracteriza por la importancia de los alimentos adquiridos y la mayor parte de ellos experimentan una transformación industrial. La dieta rural es más dependiente de la autoproducción y se diversifica según las regiones geográficas y las condiciones climáticas.

La dieta urbana muestra sobre todo en Lima una considerable disminución en el consumo de tubérculos y de raíces, su utilización de cereales es similar a la de otras regiones, pero mientras que en las ciudades predomina el arroz y el pan "francés", en las regiones rurales ello corresponde al maíz blanco, al trigo nacional, a la quinua y a la cebada. El consumo de leguminosas es algo inferior en las ciudades y el consumo de azúcar es igual en Lima al de la dieta rural, pero baja considerablemente en la selva. En cambio el consumo de hortalizas, de frutas, de productos lácteos, de carnes, de huevos y de pescado, así como de aceites vegetales, aumenta mucho en las ciudades en relación al campo.

En la dieta rural los tubérculos, las raíces y los cereales constituyen la base principal de la alimentación. La leche tiene un consumo insignificante.

Mas que un problema de composición de la dieta alimentaria la malnutrición está en relación directa en el Perú con los débiles niveles de ingresos que se encuentra sobre todo en los barrios pobres de las ciudades como Lima

y en las zonas rurales de la Sierra.

El autoconsumo, según la encuesta de 1972, provefa en la Sierra proporciones de alimentos que variaban entre el 55 y el 78% del total, contra el 44 al 68% en la selva. En la Costa esta proporción bajaba a un 10 a 18%. Es esta dependencia de los alimentos adquiridos, especialmente de los elaborados industrialmente, lo que hace la diferencia entre el costo de las dos canastas. El costo de la canasta básica alimentaria limeña es el doble del de las poblaciones rurales de la Sierra y de la Selva y casi un tercio más alto que el de las poblaciones rurales de la Costa. Es sin embargo la dieta urbana la que se extiende cada vez más por el país, inclusive en las áreas rurales, como consecuencia de las relaciones campo-ciudad, de las migraciones estacionales, del prestigio dado a los alimentos urbanos y de la mayor facilidad para cocinarlos.

Se ha producido en el Perú una fuerte degradación de los ingresos sobre todo a partir de 1976, con la aceleración de la inflación. La disminución del poder de compra de los empleados y de los obreros ha sido entre 1974 y 1983 del orden de un 50% y la de los trabajadores por cuenta propia de un 32%.

Si se agrega a ello el considerable aumento del desempleo y del subempleo en los años 1980 como consecuencia de la crisis, se comprende el por qué de la degradación de los niveles alimentarios. En Lima metropolitana el subempleo afectaba en 1989 y 1990 a una cifra variable entre el 73 y el 86% de la fuerza de trabajo de la aglomeración urbana.

Las estadísticas oficiales dan para 1986 (según el Plan de Seguridad Alimentaria) un consumo promedio diario de 1.800 calorías contra 2.300 en los años 1970 y de 50 gramos de proteínas contra 55 gramos diarios en los 1970.

Chile

El modelo económico neo-liberal aplicado por la dictadura militar entre 1973 y 1989 tuvo un impacto considerable en la situación alimenticia de la población. La política económica del régimen de Pinochet excluyó toda consideración social relativa a las necesidades esenciales y reprimió fuertemente los movimientos de protesta. Los únicos paliativos sociales aplicados a su modelo económico fueron ciertos programas como el de la alimentación escolar y el del empleo mínimo tratando de disminuir la gravedad del desempleo.

Cabe recordar que la tasa de desempleo que había sido de 4 a 5% en los años 1971 y 1972 subió considerablemente a partir de 1974 y entre 1976 y 1985 se mantuvo a niveles del 18 al 30% de la fuerza de trabajo según los

años, bajando con posterioridad.

Además el índice del poder adquisitivo de las remuneraciones disminuyó considerablemente en todos esos años con respecto al periodo 1970-72.

Todo ello condujo a una baja notable de las disponibilidades de calorías y proteínas por habitante. La disponibilidad diaria de calorías por persona bajó de 2.410 en 1971 a 1913 en 1985 y la de proteínas de 74,5 gramos a 53,2 gramos, es decir menos 21 y menos 29% respectivamente.

Esta disminución se explica por el menor consumo de derivados del trigo como el pan, que aportó el 40% del total de las calorías y de proteínas de la dieta popular.

Como el consumo alimenticio de los sectores económicamente más favorecidos no disminuyó, esta baja afectó sobre todo a los sectores populares. Esto fue confirmado por una encuesta de 1978 que mostró que el 60% más pobre de la población estaba por debajo del consumo mínimo de calorías recomendado por la FAO-OMS.

La política económica de contracción aplicada por la dictadura en 1975-1977 y 1982-1985 estuvo en el origen de las dos peores depresiones de la economía chilena desde la crisis de los años 1930. Estos fueron los periodos en los que se produjo la mayor caída del consumo alimenticio. A pesar de una cierta recuperación del nivel de empleo a partir de 1985 la situación efectiva es mucho peor que lo que indicaba el índice oficial de desempleo de 1988 (9,1% en junio-julio) puesto que el método de calcular el índice subestima el desempleo real.

Según los estudios de un organismo no gubernamental (el PET - Programa de Economía del Trabajo) en 1988 el 30% de la fuerza de trabajo del Gran Santiago estaba ocupado en el sector informal y el 22% estaba sin empleo. En las comunas pobres la tasa de desempleo era de 28% contra un 9,9% en las comunas más ricas.

Si se compara la disponibilidad de productos alimenticios en kilos ó litros por habitante entre 1972 (penúltimo año del gobierno de Allende) y 1987 las cantidades físicas disponibles de trigo habían disminuído en 32%, de leguminosas en 44%, de papas en 25%, de leche en 14%, de azúcar en 11% y de carnes en 15%. En 1970 la pobreza afectaba al 17% de la población y la indigencia al 6%. En 1987 las proporciones respectivas eran de 49 y de 23% a nivel nacional. Todo ello está ligado a una distribución cada vez más regresiva del ingreso.

Entre 1970-73 y 1982-84 este fluctuó del siguiente modo:

Hogares	Participación en el Ingreso Nacional		
	1970-73	1974-76	1982-84
40% más pobre	12,9	12,2	9,9
40% intermedio	36,6	33,5	30,4
20% superior	50,5	54,3	60,6
	100	100	100

Al asumir el nuevo gobierno democrático del Presidente Aylwin en marzo de 1990, a pesar de haberse aumentado el sueldo mínimo legal más que la inflación, la situación está todavía lejos de ser satisfactoria.

En septiembre de 1990 el costo de la canasta alimenticia básica y de otras necesidades vitales (vivienda, vestuario, transporte) de una familia de 4 personas era el doble del sueldo mínimo mensual obtenido por esa misma familia suponiendo que 1,6 personas trabajasen a ese nivel de remuneración.

Brasil

La población duplica en 25 años pasando de 70 millones en 1960 a 136 millones en 1986. Por su parte la población urbana multiplica por 3 veces en este periodo (de 31 a 104 millones) mientras que la población rural disminuye en términos absolutos. En 1986, 77% de la población es urbana con un 30% de ella residiendo en las regiones metropolitanas, un 26% en las ciudades medianas a grandes y un 21% en las pequeñas ciudades.

El crecimiento urbano hasta los años 1980 está considerablemente influenciado por los desplazamientos internos de la población. Las regiones metropolitanas absorben la mayor parte del éxodo rural: 53% de la población de São Paulo está constituida por migrantes, 46% de la de Río, 50% de la de Belo Horizonte, 49% de la de Porto Alegre, 33% de la de Recife.

Con la urbanización de la población rural no solamente la demanda de alimentos en el mercado se incrementa considerablemente, pero además de ello, la producción de alimentos de subsistencia estagna.

La encuesta nacional sobre gasto alimentario (ENDEF) realizada en 1974 reúne el conjunto más completo de datos sobre los gastos en alimentación y su composición. Para el conjunto del Brasil los gastos en alimentos

representan el 51% del presupuesto familiar de aquellos de ingreso inferior a 2 salários mínimos, contra el 6% del presupuesto de los que disponen de más de 30 salarios mínimos.

En el Nordeste, como bien lo indica en su t sис de doctorado de Profesora D lia Maimon, la demanda de alimentos de las zonas urbanas aparece comprimida. La proporción de los gastos en alimentación de las familias de ingreso inferior a 1 salario mínimo (54% en Recife y 51% en Salvador) es inferior a la de las familias cuyo ingreso varía entre 1 y 2 salarios mínimos (55% en Recife, 56% en Salvador). El gasto medio de las familias en alimentos es en todos partes, salvo en el sur, mayor en las zonas rurales que en las zonas urbanas.

El factor determinante de la demanda de alimentos en el mercado es el poder de compra de las familias, que en Brasil está distribuido de un modo particularmente desigual.

Distribución de ingresos de la población ocupada en 1984.

Nivel de ingreso	% de las personas ocupadas
Menos de 0,5 salario mínimo	14
Entre 0,5 a 1 salario mínimo	23
Entre 1 y 2 salarios mínimos	25
Entre 2 y 3 salarios mínimos	13
Entre 3 y 5 salarios mínimos	12
Entre 5 y 10 salarios mínimos	8
Más de 10 salarios mínimos	5
	100

La evolución del salario mínimo con respecto a su poder adquisitivo en alimentos puede ser mejor apreciada refiriéndose al costo de la ración alimentaria básica individual y su relación con el salario mínimo (cálculos hechos por DIEESE).

En 1959 la ración alimenticia básica representaba el 27% del S.M.

En 1967 la ración alimenticia básica representaba el 40% del S.M.

En 1974 la ración alimenticia básica representaba el 62% del S.M.

En 1980 la ración alimenticia básica representaba el 66% del S.M.

En 1984 la ración alimenticia básica representaba el 81% del S.M.

Esta ración básica no considera si no la subsistencia de un solo traba-

jador, no de la familia. Por otra parte los complementos del salario mínimo son muy reducidos, lo que agrava la situación de las familias más pobres.

Analizando los datos de ENDEF de 1974-75 en términos exclusivos de calorías disponibles 22% de las familias del Nordeste, 77% de las de Río, 72% de las de São Paulo, consumían una ración insuficiente. Esto parece demostrar que en Brasil las carencias alimentarias básicas no son propias de las regiones más pobres, sino sobre todo un problema de las ciudades. En Brasil la subalimentación parece ser sobre todo un problema urbano, particularmente un problema de las regiones metropolitanas.

Un estudio más reciente realizado en el municipio de São Paulo (en 1985) concluye que la subnutrición energética y proteica era similar a la de 1974-75. Los mismos resultados se destacan de encuestas efectuadas en cinco estados del Nordeste. Estas últimas muestran un mejoramiento de la situación alimentaria entre 1975 y 1979 y una agravación posterior hasta 1982.

Los datos más recientes dados en 1990 en el seminario "Fome o Desafio dos Anos 90" que tuvo lugar en la Prefeitura de São Paulo el año pasado, indican según la Profesora Maria Antonia Martins Galeazzi que en 1985 más de 11 millones de familias brasileñas se encontraban en situación de pobreza. Esto significa 53,2 millones de personas, más del 40% de la población del país.

Tomando como base las personas pertenecientes a familias ganando hasta medio salario mínimo, verificase que en las áreas rurales la proporción de pobres varía de un mínimo de 48% para la región sur a un 84,4% para el Nordeste. Esto no debe conducir a minimizar la pobreza en las áreas metropolitanas: 15% de las familias miserables y 19% de las familias más pobres. Lo que es necesario señalar con respecto a la pobreza metropolitana es su gran concentración en el eje Río-São Paulo. Sólo Río concentra 1/4 de la pobreza metropolitana de todo Brasil. Si se agrega São Paulo se llega al 47,2% de todos los pobres de las metrópolis brasileñas.

México

Durante los últimos años ha crecido notablemente en México la preocupación por conocer y concebir posibles soluciones al problema alimentario. En este sentido destacan los trabajos elaborados por el Instituto Nacional del Consumidor y el Instituto Nacional de Nutrición. Diferentes tipos de encuestas y estudios han sido realizados recientemente por estos organismos (ver revista "Comercio Exterior", vol. 38, n° 9, septiembre de 1988, artículo de Raul Livas y Bernardo Miranda).

Entre 1975 y 1982 según estos estudios la distribución del ingreso se hizo menos desigual. En 1975 la población con mayores ingresos percibía en

promedio 30 veces más que la de los sectores más pobres. En 1982 la diferencia había disminuído a 20 veces. Tal progreso en la distribución del ingreso coadyuvó a mejorar los patrones alimentarios, aunque no lo suficiente para conformar un perfil alimentario más equilibrado.

44% del consumo de las familias de bajos ingresos está integrado por cereales (maíz y sus derivados principalmente). A medida que se incrementan los ingresos, el consumo tiende a diversificarse.

A pesar de un cierto mejoramiento en la distribución del ingreso entre 1975 y 1982, en este último año en tanto que las disponibilidades alimentarias de los grupos de menores ingresos no sobrepasaban las 1.900 à 2.000 calorías y los 50 à 52 gramos de proteínas, los grupos de más alto ingreso disponían de más de 2.400 calorías y de 72 gramos de proteínas. Pero estas diferencias se observaban no sólo al nivel de estos alimentos básicos, sino también se reproducen en los de otros nutrientes (aminoácidos, vitaminas, minerales).

En 1982 se consideraba que 50 millones de mexicanos sobre un total de 73 millones, se encontraba por debajo de los mínimos nutricionales considerados necesarios (2.115 calorías por día y por persona y 64 gramos de proteínas).

En México se ha dado particular importancia también a los análisis de la situación alimentaria de Ciudad de México, la capital que contaba con 3 millones de habitantes en 1950, 18 millones en 1985 y se aproximará a los 30 millones de continuarse el ritmo actual de urbanización en el año 2000.

La concentración industrial y de servicios de Ciudad de México atrae a una población rural que no encuentra en el campo las condiciones indispensables para satisfacer sus necesidades básicas. El crecimiento de la ciudad se realiza sobre todo por extensión: ocupación de las aldeas periféricas que se transforman en zonas residenciales, lo que provoca una especulación inmobiliaria que desplaza a sus antiguos residentes hacia barriadas periféricas cada vez más alejadas.

La población de Ciudad de México ha sido severamente afectada por las crisis de los años 1980 y sus ingresos reales han disminuído considerablemente. Ella se abastece de productos alimenticios por un sistema complejo y negativo para la mayoría de los consumidores. Los dos factores que contribuyen más al alza del precio de los alimentos son, por una parte, los oligopolios, y por la otra, la importancia de los intermediarios.

La situación de oligopolio de que gozan ciertos grandes productores o intermediarios proviene de varias causas: control de ciertas producciones por la compra en verde a los productores, poder de bloqueo para el acceso al

mercado de otros productores e intermediarios o control total del sistema de distribución de ciertos productos. En el caso de la naranja 70% de las ventas al por mayor en Ciudad de México estaba controladas por un sólo intermediario. En el caso de la papa una asociación de productores controlaba todo el mercado.

El otro factor que contribuye notablemente al aumento de los precios al por mayor y al detalle es la multiplicidad de intermediarios. El beneficio neto del conjunto de estos intermediarios es estimado en 400% del precio al productor. Los costos de embalaje, de carga, de transporte, de almacenamiento, etc., equivalen al 500% del precio al productor. Así pues el aumento mínimo del precio al consumidor sobre el del productor es de 900%.

El comercio alimenticio minorista de Ciudad de México puede globalmente ser clasificado en tres grandes circuitos: **los almacenes sociales** que venden productos no perecibles subsidiados por el gobierno, **los supermercados** y el **pequeño comercio de detalle**. Este último aprovisiona los sectores de población más pobres de la ciudad, los que pagan entre un 35 y el 70% más por unidad de producto que las clases medias que se abastecen en los supermercados. Esta situación se debe a varios factores: no existencia de supermercados en los barrios populares más pobres, pequeña dimensión del comercio al detalle, por falta de capital, estrechez de los stocks de los pequeños comerciantes, mala calidad de los productos vendidos. Como el pequeño comerciante no puede adquirir en grandes cantidades paga él mismo un precio más alto por su abastecimiento y sobre este precio debe calcular su beneficio.

Otro aspecto interesante que han revelado los estudios alimentarios en Ciudad de México es la importancia de la publicidad en la deformación de los hábitos alimentarios de la población. Un caso notable es el de los bizcochos industriales. Los consumidores de bizcochos industriales se encuentran en su gran mayoría entre los sectores medios e pobres (85% de los consumidores). Y su propaganda se difunde a través de los niños.

En 1980 el consumo de estos bizcochos en la población infantil sobrepasaba el de los huevos. Y su éxito está ligado a la atracción por los pequeños regalos que se hacen entre sus consumidores. Las grandes vedettes del mundo infantil son utilizadas para esta propaganda. Por ejemplo el 81% de los niños identifican el símbolo (logotipo) de los productos "Marinela" contra un 66% solamente que reconocen el emblema nacional. Los padres están convencidos que es un alimento excelente. Sin embargo los estudios realizados por el Instituto Nacional de Nutrición muestran que son productos con alto contenido en grasas saturadas asociadas a varios tipos de enfermedades y mucho más pobres en proteínas que el pan, cuando su precio por unidad es 4 a 7 veces más elevado.

Argentina

El último ejemplo que quisiéramos citar para analizar el impacto de la crisis en la situación alimentaria de las poblaciones latinoamericanas es el de un país, Argentina, y el de una ciudad, Buenos Aires, tradicionalmente considerados entre los mejor alimentados de la región.

Hasta 1989 parecía imposible que un país como Argentina, exportadora de trigo y de carne, conociese las sublevaciones del hambre. El asalto a los supermercados a fines de mayo de 1989 en los suburbios de algunas de las grandes ciudades del país parecía inconcebible meses antes. Sin embargo no fue si no la concreción de una situación que se venía degradando desde 1975.

En Argentina, país considerablemente urbanizado donde Buenos Aires con 11 millones de habitantes engloba el 35% de la población del país, la dictadura militar había tratado de disimular la pobreza creciente empujando a los habitantes de las barriadas de la capital más allá de la Avenida General Paz. El fin de la dictadura había visto multiplicarse las sopas populares y las compras colectivas de alimentos a iniciativa de los habitantes de las barriadas periféricas.

En los años 1970 la pobreza se examinaba en términos de marginalidad ligada al éxodo rural y a la difícil integración de estos migrantes al mundo del trabajo y a la ciudad. Hoy día el problema de la pobreza aparece más complejo, más heterogéneo. Surge un nuevo sector de pobres: los "carenciados" terminología que aparece cuando el Presidente Alfonsín en 1984 ordena establecer el mapa de la pobreza.

En 1987 el programa de investigación sobre la pobreza en Argentina abre nuevas perspectivas al conocimiento. La publicación después de las revueltas del hambre del estudio "Pobreza en el Conurbano Bonaerense", es decir en los 19 municipios que rodean la capital confirma la rápida pauperización de importantes sectores de la población de la periferia. El estudio distingue dos grupos:

- a) los **pobres estructurales**, es decir los que siempre han sido pobres;
- b) los **sectores empobrecidos**, que son aquellos cuyas carencias están ligadas a una fuerte disminución de los ingresos por debajo de la línea de pobreza.

Entre 1974 y 1987 el número de pobres en el gran Buenos Aires se incrementa en términos de población de un 34 a un 47%, pero mientras los pobres estructurales disminuyen su importancia relativa de un 31 a un 22%, los

sectores empobrecidos la aumentan de un 3 a un 25%.

Este aumento de la pobreza es sobre todo consecuencia de la gran pauperización de los sectores populares y de un sector creciente de las clases medias. Afecta tanto a los asalariados como a los trabajadores del sector informal. Estos pobres con "casa y automóvil" que antes consumían, que tenían acceso a un alojamiento conveniente y a una vida digna, viven de un modo más angustiante el problema de hambre en un país donde la alimentación de las clases populares era antes el "asado", el pan, el mate, de los cuales hay que reducir hoy el consumo. Todo ello está ligado a la caída del salario real durante la dictadura que después de haber conocido una pequeña recuperación entre 1984 y 1986 cayó nuevamente a partir de 1987.

El periodo 1980-87 vio en Argentina un gran aumento de los trabajadores por cuenta propia: pequeños comerciantes, vendedores ambulantes, trabajadores de la construcción, pequeños servicios, todo lo cual revela una estrategia de sobrevivencia de la población empobrecida.

LECCIONES DE LA CRISIS PARA POLITICAS FUTURAS. QUE ESTRATEGIAS DESARROLLAR FRENTE AL INCREMENTO DE LA HAMBRE EN LA REGION

La situación alimentaria de una población está determinada por los factores que influyen por un lado, **la disponibilidad de alimentos** y por el otra, **el consumo de los mismos**.

Entre los primeros destaca:

- a) el nivel, el volumen y la composición de la producción alimentaria de un país ó región determinados;
- b) las condiciones de transporte, de almacenamiento y de conservación de esta producción;
- c) la relación entre aquella parte de la producción que se destina a la exportación y aquella que se destina al mercado interno;
- d) la capacidad financiera y física para importar alimentos;
- e) el funcionamiento y la eficacia de los sistemas de distribución alimentaria.

Entre los factores que **influyen el consumo**, destacan:

- a) el nivel de ingreso de la población y las características de su distribución por grupos de ingreso;
- b) las variaciones anuales entre los ingresos de las masas populares y

el costo de la canasta alimentaria, así como el de los otros elementos del costo de vida (habitación, vestuario, consumos diversos);

c) los hábitos alimentarios y la rapidez con que son modificados por la urbanización y por la influencia cultural, financiera y comercial de las grandes firmas multinacionales, así como por los países industrializados deseosos de exportar sus excedentes.

No cabe duda que se consideramos la situación de América Latina en los años 1980 y el impacto de la crisis, son los factores que han influenciado el nivel de ingreso de los sectores populares como el desempleo, el subempleo, la caída del nivel de remuneraciones, la inflación acelerada, la especulación ligada a los fenómenos anteriores, la ineficacia de los sistemas de distribución, los que han producido la caída de las disponibilidades y del consumo alimentario.

A ello debe agregarse el impacto de la deuda y las políticas de ajuste que han sido impuestas a los gobiernos lo que ha conducido a menudo a suprimir los subsidios que anteriormente bonificaban los precios de ciertos alimentos populares. Las políticas de restricción presupuestaria han afectado también negativamente los programas sociales destinados a mejorar la distribución de alimentos a los sectores particularmente desfavorecidos de la población.

En el caso del Brasil por ejemplo en el seminario sobre el hambre que tuvo lugar en São Paulo en 1990 Ana Maria Peliano mostró como a pesar de una gran diversidad de políticas de asistencia que fueron aplicadas en el decenio de los 1980 (asistencia directa a grupos específicos de la población materno-infantil de baja renta, pre-escolar, escolar a nivel del primer ciclo y a los trabajadores) y a pesar de que los recursos federales destinados a los programas alimentarios aumentaron constantemente en el decenio:

a) ellos fueron siempre inferiores a las necesidades reales para reducir el déficit alimentario de la población;

b) los aumentos del presupuesto alimentario fueron contrabalanceados negativamente por presiones políticas para incluir un número creciente de personas, lo que implicó una reducción de los volúmenes de alimentos distribuidos por persona necesitada;

c) al mismo tiempo que aumentaba el número de beneficiados de los diferentes programas se debilitaba la capacidad de coordinación y de acción de las principales instituciones federales encargadas de la ejecución de los programas alimentarios. El Instituto Nacional de Nutrición (INAN) creado especialmente para coordinar la acción gubernamental no tuvo el apoyo político y financiero compatible con la naturaleza de su misión. Por su parte la

COBAL (Compañía Brasileira de Alimentos) fue afectada por dificultades financieras y por discontinuidad administrativa.

En conclusión podemos decir que:

El hambre y la subalimentación no son hoy en América Latina fundamentalmente un problema de producir más, como a menudo se ha dicho en el pasado y se continua diciendo hoy en día. Es un problema de como crear las condiciones para que el conjunto de las poblaciones afectadas por la hambre urbanas y rurales, puedan tener a su alcance una disponibilidad de alimentos en cantidad y calidad suficientes y como en una economía de mercado como la que impera en la región, se puede tener acceso a esos alimentos.

Si se quiere resolver el problema del hambre hay pues que definir estrategias adecuadas para enfrentarlo y tener la voluntad política de aplicarlas.

En el caso de las **poblaciones rurales** en que la autoproducción juega todavía un rol de importancia en su abastecimiento alimentario estas estrategias deben incluir: acceso a una cantidad de tierra suficiente para cubrir las necesidades vitales de los pequeños agricultores (reforma agraria), crédito para producir e invertir y sobre todo organización para mejorar las condiciones de comercialización y los precios de sus productos. Para las poblaciones rurales proletarizadas que viven de sus ingresos salariales, las estrategias deben buscar como asegurarles un trabajo más permanente y regular y niveles de salarios compatibles con la satisfacción de sus necesidades básicas. La situación más grave para estas poblaciones es hoy el incremento de los trabajadores temporarios con respecto a los permanentes como consecuencia del desarrollo de la modernización capitalista y de la nueva organización del mercado del trabajo. Que estrategias seguir para asegurar un empleo más regular me parece un problema crucial.

Para el caso de las **poblaciones urbanas** las estrategias requeridas deben involucrar diferentes **tipos de políticas**, entre las que se pueden citar las siguientes:

1) cómo frenar el ritmo actual del éxodo rural, haciendo una política de valorización del espacio rural que permita a los rurales que no deseen dejar el campo puedan seguir viviendo y trabajando en él.

2) cómo crear empleos más productivos en las áreas urbanas y sobre todo como mejorar las condiciones de trabajo y de vida del sector informal que hoy día ocupa entre un tercio y más de la mitad de la fuerza de trabajo de las grandes aglomeraciones de América Latina;

3) cómo hacer que las políticas macro-económicas de ajuste y regulación no tengan un impacto negativo en el ingreso de los pobres. Es lo que

algunos organismos internacionales llaman hoy ajuste con desarrollo humano.

4) cómo realizar una política de educación alimentaria y de organización de los consumidores que permita contrabalancear el efecto negativo de la publicidad comercial en la deformación de los hábitos alimentarios de los urbanos.

5) cómo efectuar un conjunto de acciones orientadas a disminuir el costo del abastecimiento de los urbanos pobres (mejorar y abaratar los sistemas que los abastecen).